

liares. No había bahía que no hubiesen explorado, ni isla ni promontorio que no hubiesen reconocido; los sentimientos hostiles ó serviles, las inclinaciones guerreras ó mercantiles del menor poblado les eran conocidos; sobre cada sitio propicio habían establecido alguna familia, construído alguna muralla, elevado algún altar. La costa sufrió, en una longitud de miles de kilómetros, el ascendiente de sus



Musco del Louvre.

COPA DE POLIFEMO, HALLADA EN CIRENE

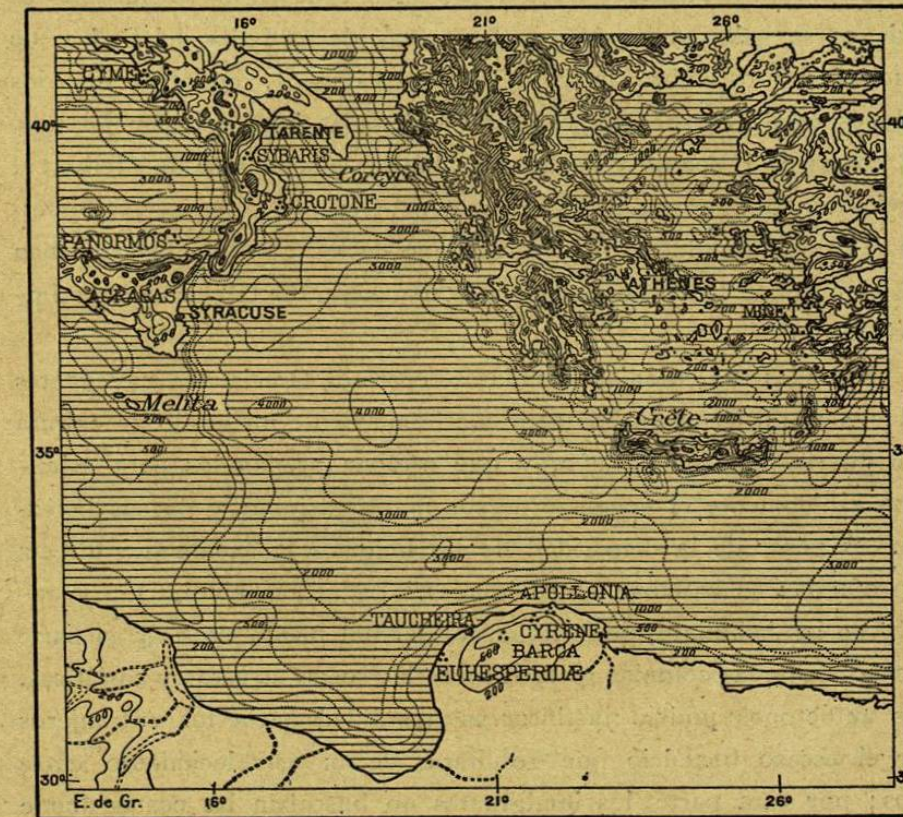
Cl. Giraudon.

poderosas y numerosas colonias y conservó su huella; un territorio les quedó, no obstante, cerrado: los Griegos habían logrado desalojar los Fenicios de todas las posiciones avanzadas que éstos ocupaban anteriormente sobre las costas anatólicas é insulares, pero hubieron de respetar la costa tiria, desde las inmediaciones del golfo de Alejandreta hasta la boca pelusíaca del Nilo.

En todo el Mediterráneo oriental se hallaron los Griegos mezclados con poblaciones residentes con las cuales no tenían punto alguno de semejanza, y su influencia civilizadora sobre el país posterior no

se hizo sentir profundamente sino por intermedio de la conquista macedónica; fué una acción realizada por reyes, gobernadores y soldados, la cual, por consiguiente, se ejerció en pura pérdida: no hubo fusión. Pero indirectamente el efecto del período griego fué duradero: vuelta

N.º 180. Costas griegas del Mediterráneo central.



1: 12 500 000

0 100 400 800 Kil.

hacia el Este, la Hélade, como un espejo, reveló el Oriente á sí mismo y dió á los pueblos que le habitaban un sentimiento de cohesión que no habían conocido antes. Si los Helenos fueron englobados en el mundo romano, puede decirse que suscitaron hasta cierto punto una organización contra la cual vino á romperse la potencia itálica en el valle de los ríos gemelos.

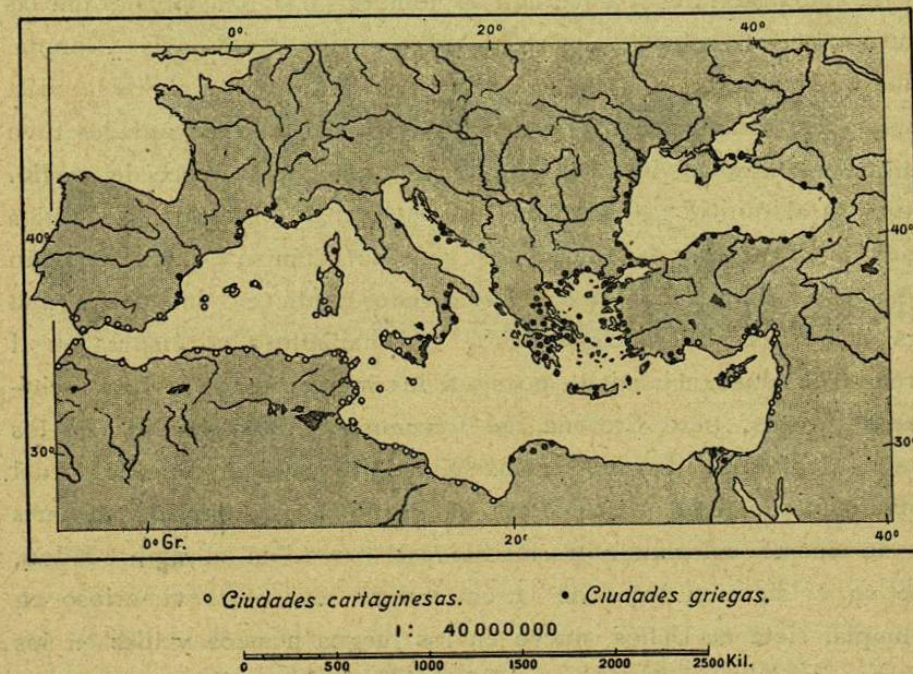
Al occidente de Grecia, la situación respectiva de las potencias marítimas era muy diferente, lo mismo que las relaciones entre colonizadores y autóctonos. Una factoría fenicia se había desarrollado poco á poco en potente imperio, mientras que los Helenos establecían su supremacía sobre las costas orientales, y cuando tomaron á su vez el camino del Oeste, la resistencia cartaginesa limitó su acción en más de un territorio. Después de años y de siglos de luchas, los Griegos se hallaron dueños de las costas de la Italia del Sud y de muchos puntos sobre la costa de los Ligurios, mientras que los colonos semitas costeaban el litoral líbico, las islas del mar Tirreno, las costas de Hispania y hasta más allá de la «pilastra de Melkart», confrontando algunos sitios las mareas del Océano. Las fuerzas opuestas se habían dividido la Sicilia, cada uno de los que llegaban tomaban posición sobre la costa que completaba mejor el circuito de su imperio litoral.

En todas sus colonias situadas al oeste de Grecia, los navegantes helenos se pusieron en contacto con hombres de un grado de cultura que difería poco de la suya, y que estaban preparados para asimilarse rápidamente el beneficio de sus investigaciones y de sus inventos. Á pesar de la disparidad de las lenguas, la acción fué directa y profunda: se hallaban entre iguales. La misma civilización avanzada de los habitantes de la Italia continental puede explicar en parte la carencia de las colonias griegas sobre las costas etruscas y adriáticas. Los autóctonos podían justificar su hostilidad hacia los extranjeros por el escaso beneficio que resultaría de su establecimiento entre ellos; por otra parte, los inmigrantes no buscaban las costas donde no tuviesen una misión que desempeñar ó algún beneficio que obtener.

La Italia meridional, tan fácil de alcanzar partiendo del golfo de Corinto — la travesía del mar libre, de Corcira al cabo Japygion, no era más larga que la que desde Eubea conducía á Chios, Lesbos ó Lemnos, — la Italia meridional, de anchos territorios fértiles, tenía, pues, derecho, por el carácter de sus habitantes y por la naturaleza de sus campiñas, á la denominación de «Gran Grecia», bajo la cual fué mucho tiempo conocida. Su mediación, lo mismo que las enseñanzas ulteriores de los filósofos y de los emigrantes, permitió al pensamiento griego infiltrarse en el mundo romano é impregnarle fuertemente.

Las invasiones dóricas, rechazando ante sí numerosas tribus helénicas, fueron una de las causas principales del desarrollo de la población de la Gran Grecia. Pero el amor de las aventuras y los mil acontecimientos procedentes de la vida inquieta y cambiante de las ciudades helénicas, sobre todo los continuos conflictos entre la aristocracia y el pueblo, determinaron también numerosas emigraciones, y todas las razas griegas se hallaron representadas en la nueva Grecia

N.º 181. Griegos y Fenicios.



de Occidente. El arte bajo sus diversas formas se desarrolló allí como en la antigua Grecia, y, entre los escasos monumentos de Italia que nos quedan aún de la arquitectura helénica, el templo dórico de Pæstum, la antigua Posidonia, es uno de los tipos que más han servido para fijar las ideas de los sabios sobre las construcciones de los antiguos. Las letras y las ciencias brillaron allí tanto como en Grecia, exceptuando Atenas: hombres como Pitágoras, Empedocles y los Eleates Parménides y Zenón se cuentan entre aquellos que venían á escuchar los alumnos y que dictaban constituciones á las ciudades.

Una primera ciudad, Cumas, á la que las relaciones legendarias dan cerca de treinta siglos de existencia, recuerda la otra Cumas (Cymé) de la costa anatolia; unos aventureros de la Eubea, así como también de Asia, parecé que fundaron esta colonia, á la que la elevada cultura de sus habitantes y el misterio de los volcanes, de las solfataras y de los manantiales hirvientes acabaron por hacer santa. Pozzuoli y Nápoles continuaron esta madre griega, y allí nació la Sibila que profetizó el destino de Roma.

Se comprende que el mar en que se bañan las lenguas de tierra de la Italia meridional lleve aún el nombre de «Jónico», porque las ciudades cuyas ruinas se suceden sobre sus orillas, Locres, Crotona, Síbaris, Metaponte y Tarento, conservaron allí durante siglos la bella civilización de Atenas. Sin embargo, cada una de esas ciudades tuvo su carácter especial, determinado por las condiciones directas del medio. Situadas al pie de las montañas que habitaban los Bruttii de bellos cuerpos elegantes y ágiles, Síbaris y Crotona tenían especial empeño y hasta como un honor en formar soldados y atletas; en parte alguna era más apreciada la belleza física. Sus habitantes no disputaban el premio de elocuencia ni de poesía á los habitantes de las otras ciudades griegas, pero Crotona fué frecuentemente la primera en los juegos de fuerza. En una misma Olimpiada los siete vencedores del estadio fueron todos Crotoniatas; un Filipo de Crotona fué, después de su muerte, colocado entre los héroes; otro atleta, el célebre Milon, fué en el siglo VI antes de la era vulgar seis veces victorioso en Olimpia, siete en Delfos, nueve en los juegos némeos y diez en los juegos ístmicos. Después, esas ciudades de los valientes y de los fuertes se hicieron sobre todo famosas por su voluptuosidad, por su afición á los goces groseros, por el cobarde abandono de toda noble iniciativa. Los juegos solemnes de Crotona y de Síbaris fueron el lejano origen de los repugnantes combates de gladiadores que después habían de ensangrentar las arenas de los Romanos¹.

La posición geográfica de Síbaris presentaba ventajas excepcionales, puesto que la ciudad, situada al borde de una rada parcialmente resguardada, ocupa la salida de un valle que se ramifica á lo lejos

¹ Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 30.



TEMPLO DE NEPTUNO EN PÆSTUM

Cl. Brogi.

en las montañas por valles fértiles y que se prosigue hasta en la proximidad de la costa tirrena; en realidad Síbaris estaba en la extremidad de un dintel de paso á través de la península italiana, y, gracias á esta posición, había podido llegar á ser un depósito para el tráfico de la costa occidental, Cumas, Pozzuoli y Nápoles. El estrecho terrestre de Síbaris gozaba de ventajas análogas á las del estrecho marítimo de Mesina, y permitía á muchos traficantes evitar una larga y penosa navegación litoral alrededor de la punta extrema de Italia, contra la cual chocan violentamente los vientos y las corrientes hostiles.

Los aluviones del Crati, ayudados por la maldad de los hombres, han hecho desaparecer los vestigios de la antigua ciudad comercial; pero del otro lado del golfo, Tarento, que estuvo también expuesta á las guerras y á los asaltos, ha sobrevivido, no obstante, gracias á ventajas locales que le hacen renacer después de cada desastre. No sólo tenía Tarento sobre todos los puertos de la Gran Grecia el pri-

vilegio de hallarse la más adelantada en el interior de las tierras, en el fondo mismo del golfo que todavía lleva su nombre, sino que posee también una rada y un puerto completamente excepcionales que le hacían famoso en el mundo de los marinos, desde Tiro á Gades. La rada denominada «Mar Grande» es por sí misma un puerto, lago circular de más de veinte kilómetros de circunferencia, defendida del mar por dos puntas de tierra y dos islas; el «Pequeño Mar», separado del «Grande» por una flecha de arena y un islote calcáreo, en otro tiempo accesible por una puerta natural, era también suficientemente extenso para recibir grandes flotas. Al Norte, al Este y al Sudeste se extienden las bellas campiñas de los Mesapios y de los Apulianos y se abren los valles de los Samnitas, de donde procedían en abundancia los géneros de cambio con las preciosas mercancías de Oriente, aportadas por los Fenicios y los Griegos: de ese modo Tarento había llegado á ser el más rico depósito de toda la península italiana, y por su dinero, lo mismo que por sus armas, había subyugado numerosas tribus guerreras en las montañas del Oeste; sus trofeos brillaban en el santuario de Delfos. Pero el mismo orgullo atrajo su desastre, puesto que llegó un día en que osó medirse con Roma, que llegó á ser poderosa á su vez. Sus murallas fueron arrasadas y sus habitantes vendidos como esclavos; la arena se depositó en la boca del puerto y los gamones germinaron en medio de las ruinas.

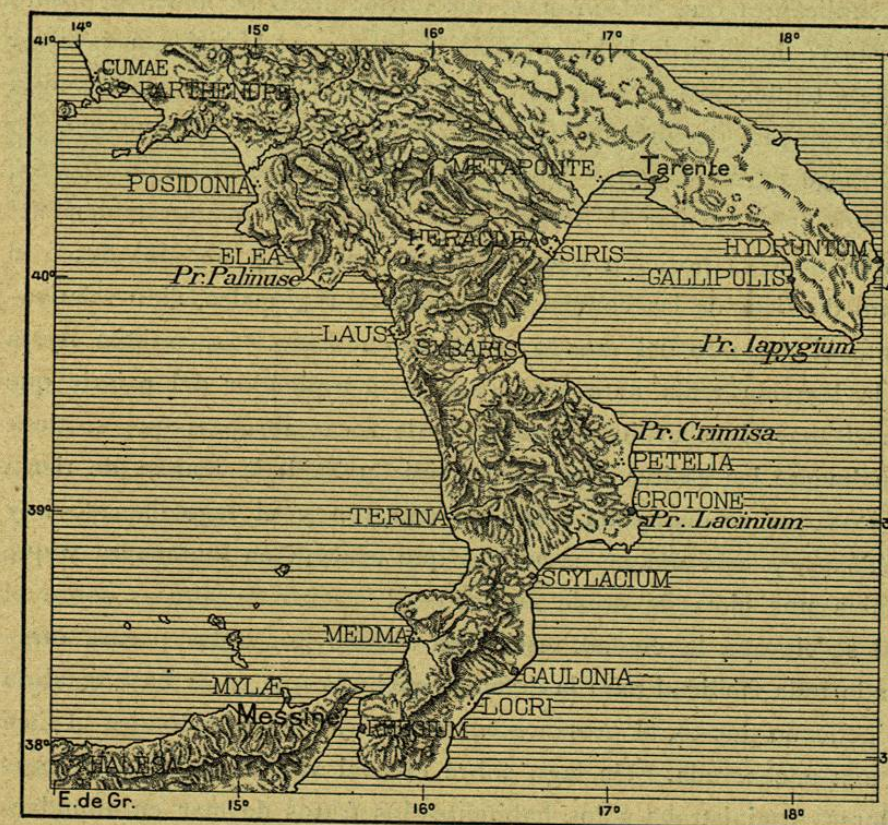
*
* * *

Entre las Tiro y las Sidón nuevas, que hallando ya el sitio ocupado por los Griegos en el Mediterráneo oriental, habían surgido más al Oeste, ninguna, ni aun la antigua Utica, gozó de un medio tan favorable como Cartago, Karl-Khadachathon, la «Nueva Fortaleza» por excelencia, para desarrollarse en una poderosa individualidad política y crearse un vasto imperio de explotación comercial. Á este respecto, la hija excedió á la madre, Cartago fué más grande que Tiro.

Venidos primeramente como huéspedes al país de los Libios, hace quizá veintisiete siglos, en una época en que los Griegos no poseían

aún poderosas colonias en el Mediterráneo occidental y en que Roma no existía, los colonos fenicios debieron comenzar por manifestarse muy humildes, muy pequeños, como conviene á los débiles, y la leyenda nos les muestra al principio implorando de los propietarios

N.º 182. Gran Grecia.



1 : 3 500 000

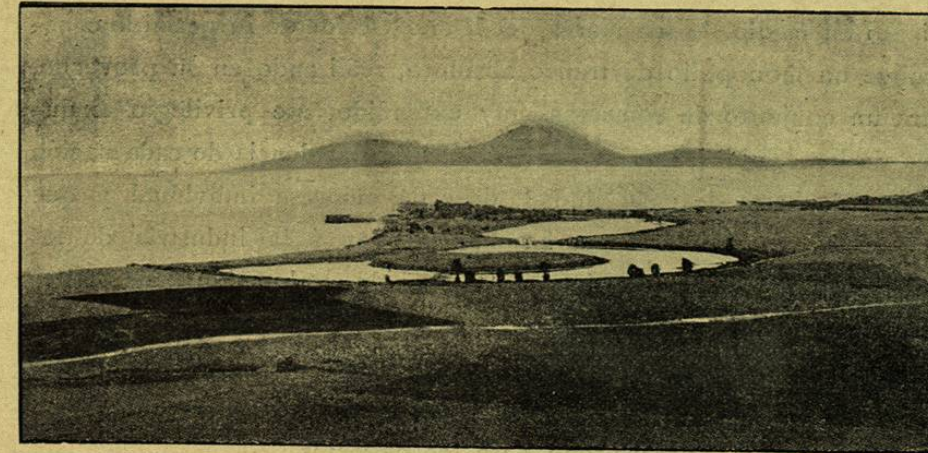
0 50 100 200 Kil.

de la comarca la concesión de un simple pie de tierra, del espacio que pudiera cubrir una sola piel de buey ó que pudiera circunscribir una estrecha tira cortada de esa piel; un equívoco involuntario, como los que ocurren siempre entre pueblos que hablan lenguas diferentes, explica así el nombre de Byrsa, que, en púnico, no tiene otro sentido que el de «Ciudadela».

Pero esos marinos, partidos del lejano Oriente, eran á la vez portadores de mercancías preciosas, de objetos brillantes que agradaban á los pueblos semibárbaros de la comarca, y de una civilización hereditaria que les hacía muy superiores á sus nuevos vecinos por los conocimientos, el ingenioso empleo de los recursos de la Naturaleza y el funesto genio en el arte de gobernar los hombres. De suplicantes que habían sido, los Cartagineses se hicieron pronto los amos; después de haber pagado el tributo, se le hicieron devolver doble y triple: pronto excedieron los límites marcados por la supuesta «tira» de piel de buey y conquistaron todo el país circundante.

Entre tantas colonias fenicias fundadas lejos de la madre patria, Cartago debía ocupar el primer lugar, porque es incontestablemente la que tiene la posición geográfica más ventajosa, no sólo desde el punto de vista de las condiciones locales y regionales, sino relativamente al conjunto del mundo entonces conocido. La antigua Byrsa de la leyenda tenía ante todo para sí el esplendor del paisaje que le rodeaba, el soberbio promontorio de rocas abruptas que sostiene actualmente las casitas blancas de Sidi bu Said, la lengua de tierra vercosa que se desarrolla como un cinturón y el lago llamado hoy de Túnez, y más allá las montañas que azulean en lontananza y que domina una cima de doble cuerno. El macizo de alturas sobre el cual se elevaba la ciudad, está bien aislado por todas partes, ofreciendo toda facilidad para la defensa, mientras que en la base se abría un pequeño puerto, al presente enarenado, y que se redondea al Este en una ancha rada. Un lago sobre el cual volteaban las aves pescadoras, suministraba á los habitantes los frutos de mar en abundancia; unas campiñas fértiles se prolongan al Sud hacia los montes de venas metálicas; por último, á corta distancia hacia el Norte vierte en el mar cierto río caudaloso que abre un camino de centenares de kilómetros en desarrollo hacia las mesetas herbosas del interior.

Lo expuesto concierne á las ventajas inmediatas; pero en sus relaciones con el conjunto de las regiones mediterráneas, Cartago es ciudad todavía mucho más privilegiada. La parte de la Mauritania que ocupa está precisamente situada en el ángulo de la gran isla montañosa comprendida entre el Mediterráneo, el Océano y el Sahara, y esta posición, como vigía sobre uno de los cabos angulares, domina



PUERTOS DE CARTAGO, EN LONTANANZA LA MONTAÑA DE LOS DOS CUERNOS ¹

la vía de navegación por donde forzosamente han de pasar los marinos que van de uno á otro de los grandes lagos del mar interior: hacia Cartago gobernaban los navíos para tomar el viento que, sobre los mares lejanos, les conducía al puerto: la ciudad púnica se hallaba, pues, en el punto mejor situado de todos como punto de cita y de cambio, si no en el centro geométrico, al menos en el verdadero medio geográfico del Mediterráneo. Y las ventajas que poseía Cartago para el tráfico de las mercancías, las poseía también por la vigilancia celosa de los mares y por la dominación de las costas poco lejanas en las islas y en la tierra firme. Por un fenómeno de gravitación natural, la mayor parte de los puertos de la Mauritania y de la Hispania oriental, las Baleares y las costas de las grandes islas, Córcega, Cerdeña y Sicilia cayeron en poder de los mercaderes ó de los corsarios cartagineses.

Aventurados tan lejos del lugar de origen, en medio de poblaciones tan diferentes por el lenguaje, las costumbres y la concepción de la vida, los colonos fenicios establecidos en Byrsa no podían lograr su objeto sino á condición de formar un cuerpo político muy compacto y solidario, capaz de resistir los ataques del exterior por la unión perfecta de todos sus elementos interiores, y bastante hábil

¹ Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.